

Virgilio en Camoens. El episodio de Leonardo y Ephyre

J de ECHAVE-SUSTAETA

Sabido es que Camoens, de vuelta de las proezas con que en la India ennoblece a Gama y los suyos, da en recompensarlos con el descanso y novedoso gozo que les depara en la isla de las Delicias. De improviso Venus alza la isla del mar. En ella, entre florestas y umbrías, entre sonoras linfas fugitivas y arboledas que al cielo hacen subir odorantes pomas, dispersa Venus su coro de ninfas que tenían sus arpas o «segúan a animales que no seguían». E iban huyendo a dejarse coger de aquellos segundos argonautas. Me voy a fijar en un solo episodio de peregrina huida, el de Leonardo y Ephyre (IX, LXXV-LXXIII). Sus ocho octavas reales centran a mi entender todo el encanto de la segunda parte del poema. Irrumpe en él la obsesión de movilidad, de antelación y huida, constante de la poesía del mantuano, que capta lo sensible *sub specie fugientis*. Tengo para mí que subyacen en el episodio reminiscencias virgilianas de dos poemas desasidos por entero de la realidad, las eglogas IX y II.

Y el libro IV de la *Geórgicas* (vv. 333 ss.), con el relato de los sabrosos traveseos de Marte y Venus y los amores sin cuento de los dioses en boca de la ninfa Clymene, relato que escucha embebecida Ephyre con su corro de ninfas hermanas en su morada bajo las ondas del Peneo. Asiste la imaginación de Camoens a la historia de sus hurtos de amor y toma de las oyentes a la protagonista de nuestro episodio. Cautiva su intuición el menester que fía Virgilio a la ternura de la ninfa Aretusa, dolida más que otra alguna de las quejas del mozo Aristeo, el ardoroso perseguidor a carrera desalada de la Euridice de Orfeo (ib., 457-459). Detectarlas requiere, no obstante, la más demorada atención y una aguda intelección de su poesía.

La égloga X, el canto a Galo, es un enardecido poema de amistad. Y una trama de exquisitas deferencias. El poeta Galo, emplazado en la Arcadia, ha sido abandonado por su amante la actriz Volumina, la Lycop-

ris de la égloga Lo ha dejado por seguir a un oficial del ejército de Agripa por la ribera del Rhin entre nieves y horribos campamentos Trata Galo de olvidar su amor Y da vuelta a su imaginación y propone lanzarse a recorrer los sotos del Ménalo

Interea mixtis lustrabo Menala nymphis (B X, 53)
(«Correré entre las ninfas el Menalo entre tanto»)

Es de notar que Virgilio somete la textura de la égloga a un contrapunto de ansiedad y languidez, de impulsiones y desfallecimientos Quizá la más llamativa tensión de su ánimo irrumpa en la evasión a su Arcadia, donde, entre delicias, sueña en ir consumiendo su vida al lado de su amada (ib 43-44) Sus correrías por el Ménalo en compañía de las ninfas no deparan remedio a su mal

tam quam haec sit nostri medicina doloris (Ib 60)
(«Como si ello pudiera curar mi frenesí»)

Hasta que reconoce la inanidad de su empeño y acaba rindiéndose al poder del amor

Omnia vincit amor et nos cedamus amori (Ib 69)
(«Todo lo vence el amor Cedamos al amor también nosotros»)

A idéntica tensión y distensión amorosa somete Camoens a Leonardo en su acoso a la ninfa

Pero es el caso que en el mismo compás de entrada de la égloga, en la vuelta de la nereida Aretusa a su Alfeo, creemos detectar los hilos del desenlace No pasa desapercibido a la intuición de Camoens el apremio de Virgilio a Aretusa por mover a Volumnia a que vuelva al lado de su amante Era Aretusa ninfa del cortejo de Artemisa Un día, mientras se bañaba en el río Alfeo, enamoró al dios del río Se da Alfeo a perseguirla Huye la ninfa de él desalada por sobre el mar Jonico y llega a Ortugia, la isla de Siracusa Allí el favor de Artemisa a quien invoca le salva convirtiéndola en fuente Mas la ninfa siente aflorar a su alma el amor por Alfeo Y corre bajo las aguas a su encuentro y demanda a su madre Doris que no enturbie su caudal y le permita llegar a la Elida y reunirse con él Virgilio, por lograr la vuelta de Volumnia, insiste en la ansiedad de Aretusa

que al ir bajo las aguas sicilianas
el amargor de Doris no enturbia tu corriente (Ib , 2-4)

Tengo para mí que Camoens, acabado conocedor y amador del mantuano, vuelva sobre la exquisita solicitud virgiliana Y compone a su imagen el novedoso desenlace del episodio de Leonardo y Ephyre la demora en la carrera de la ninfa por dar oídos al planto de amor de Leonardo

Todavía creemos percibir reminiscencias de otros dos pasajes virgilianos el de Corydón y Alexis en la égloga II Y el de Eneas y Dido en su encuentro en el reino de las sombras ya en el libro IV de la *Eneida* Como la pasión del pastor Corydón por Alexis, el ardor de Leonardo por la nin-

fa está turbado de sentimientos contradictorios Así, a poco de iniciada la carrera, deja el soldado traslucir su desesperanza

Minha ventura e tal que inda que esperes
ella fará que nao possa alcançar-te (IX, IXXVIII, 3-4)

A lo que contrapone a poco vislumbres de firme ventura

E tu me esperarás se amor te fere,
e se me esperas não ha mais que espere (Ib , LXXXI, 7-8)

Idéntica ansiedad percibimos en el pastor Corydón apenas iniciada la égloga Fluctúa en parejo vaivén De un lado la desesperanza le invade Y da suelta a su dolorido sentir a solas

Montibus et silvis studio iactabat mani (B , II, 6)
(«A montes y arboledas lanzaba sin cesar con impotente afán sus desmañadas quejas»)

De otro irradia su alma vislumbres de esperanza y fruición

O tantum libeat mecum tibi sordida rura
atque humiles habitare casas et figere cervos
haedorumque gregem viridi compellere hibisco (B , II, 28-30)

Volviendo al episodio, de improviso irrumpe el más novedoso desenlace La ninfa va frenando su huida Cede a su amorosa ansiedad

ir ouvindo o dulce canto,
as namoradas magoas que dizia (Ib , LXXXII, 3-4).

Hasta que se deja caer a los pies del vencedor

que todo se desface en puro amor (Ib , LXXXII, 7-8)

Desenlace bien otro el del pastor virgiliano al cabo de la égloga

Hallaras otro Alexis pues éste te desdeña (Ib 73)

Cuán otro así mismo el de la arrebatada carrera de la amazona Camila por dar alcance al caballo del ligur mendaz A pie corre desalada tras el, lo alcanza y da muerte al bravucon falaz O la tenaz persecucion de la misma Camila lanzada a la carrera tras Cloreo, el preste de Cibeles otro tiempo Prendada de las galas y atuendo deslumbrador, corre y corre tras él

femneo praedae et spoliorum ardebat amore (Eneida, XI, 782)

Acentua Virgilio la ansiedad de la mujer por adueñarse de sus prendas, ansiedad que por descuidar su defensa le lleva a la muerte (Ib , 800 ss)

Pasando al encuentro de Eneas y Dido en los campos de las lágrimas (Eneida, VI, 450 ss), se esfuerza el troyano por detener la huida de la reina

Quem fugis? Extremum fato quod te adloquor hoc est (Ib , 466)

(«¿De quien huyes? Es esta la última vez que el hado me deja hablar contigo»)

Al desajuste expresivo de la afectividad virgiliana se une la dificultad prosódica de la queja esperada *Ne me fugias*. Es la misma de Leonardo a Ephyre *O nao me fujas!* (*Ib*, XXIX, 1). La queja de Eneas coincide con la de Corydón al imaginario objeto de su amor *Quem fugis, a, demens?* (*B*, II, 60), «¿De quién huyes, ah, loco?» La reina, insensible a sus palabras, fijos los ojos en el suelo, le vuelve la espalda. Y huye a través de la umbría hacia su esposo Siqueo, cuyo perdón a sabido merecer. Los ojos del troyano van siguiéndola largo rato. Y opera en nuestra alma con su huida *Et miseratur euntem* (*Ib*, 476). La compadece mientras va alejándose. Camoens resuelve la huida en fruición. La nereida se rinde a los pies del perseguidor. Y el poeta abre donoso cauce de lágrimas y risas. *E qué mimoso choro que soava*. «¿Qué ira honesta, qué risinhos alegres se tornava!» (*Ib*, LXXXIII, 2-4). Observad cómo Virgilio esboza con pareja donosura otra huida femenina en un apunte de idilio amoroso. La pícaro mozueta Galatea provoca a su pastor Dametas cuando pasa tirándole una manzana, lo que era símbolo de amor, no con un silbido como la Clearista de Teócrito que regala con un silbido los oídos de su Comatas (*Idilio* V, 88-89). Y huye la pastora virgiliana correteando a ampararse tras los sauces. Y se perece por que él vea el lugar donde se esconde (*B*, III, 64-65). Mas notemos que, como la Aretusa de Alfeo y como la Ephyre de Camoens, la pastora enamorada vuelve a su pastor y le dice con enfebrecido gozo su amor. Y le hace prorrumpir al recuerdo del enamorado.

O quotiens et quae nobis Galatea locuta est!
partem aliquam, venti, divum referatis ad aures! (*ib*, 72-74)
(«¿Qué de veces y qué cosas me ha dicho Galatea!
Una parte siquiera llevadla, auras, a oídos de los dioses»)

La mozueta que huye primero y vuelve luego a su pastor, y una y otra vez acezante le suspira su amor, prefigura en cierto modo el episodio con la ansiedad de dos almas urgidas de idéntica constante de fuga.